

## LA PROFESION DEL INTELLECTUAL

Una idea en la que asoman los rasgos más interesantes de la fisonomía intelectual de la vida contemporánea, es la que atañe a la situación del pensamiento humano dentro de los acontecimientos sociales. Se trata, particularmente, de que todo el sector de la inteligencia, nombrado genéricamente cultura, ha quedado sujeto a un examen, que al hacerlo por sí mismo debería llamarse confesión, de la conducta y de la responsabilidad de las ideas en la historia del hombre.

La disminución del pensamiento racional como elemento determinante de la conducta individual, se corresponde con igual decaimiento al juzgar de la esfera colectiva de la sociedad. Tal distensión del pensamiento se acompaña de un incremento progresivo de la vida emotiva y de una relajación de la idea de responsabilidad personal. Se transfiere al grupo social todo aquello que resulta penoso o difícil de llevar en la propia conciencia, y ésta acusa sólo las experiencias profundas de la sensibilidad orgánica.

Una nota significativa del proceso recae en el hecho de que a medida del crecimiento y progreso de la desconfianza social en las fuerzas espirituales, los profesionales de la inteligencia renuncian a sus antiguos fueros y entregan su fé, desesperadamente, en ese público, pueblo o gente que les vuelve la espalda.

En la confluencia de ambas actitudes, en ese ángulo vivo de la paradoja que es nuestra edad se han engendrado las más recientes manifestaciones o producciones culturales, las de los últimos veinticinco años por lo menos. La falta de confianza o, mejor dicho, la sospecha de la parcialidad y malicia de la cultura en cada momento histórico, invadió primero a las capas más amplias de la población y ahora no se hallan exentas de su influjo ni siquiera las más depuradas minorías de filósofos, profesionales de la ciencia y artistas.

Pero, si en los llamados intelectuales el filo de esa sospecha ha rajado la conciencia hasta poner al descubierto su entraña angustiada; en cambio, ese río de la desconfianza que arrastró al hombre común, ha venido a partirse en dos brazos de opiniones y gestos públicos, a saber: un estado de cinismo, a ejemplo de regímenes políticos recientes, o una actitud resueltamente pragmática, condensada en programas de gran impulso ejecutivo, cuyos ejemplares también pertenecen a nuestros días. Un tipo psicológico de hombre con reacciones paralelas repite estas motivaciones en los cotos de la vida privada, la moral o el gusto.

El fenómeno que afecta en masa al habitante histórico del siglo XX puede interpretarse como desorden orgánico progresivo o preámbulo de una convalecencia; pero cualquiera que sea, la onda de propagación alcanzó ya su punto más alto de desarrollo vertical anegando los picos señeros y solitarios del pensamiento humano.

En este universal diluvio de sospechas, segundas intenciones, mordeduras del instinto, sombras primigenias, que han caído sobre la patria, antes alegre y dichosa de la cultura, se ha querido salvar a las ideas dentro de la fábrica de una nueva perspectiva humana. Se pretende, primordialmente, concebir un desarrollo cuyos sucesivos instantes fuesen determinados temporal o históricamente, en sustitución de características lógicas.

Entre uno y otro de los acontecimientos humanos no existiría la secuencia que prefiere el razonamiento intelectual, o sea la identidad abstracta de dos entidades homogéneas, sino la integración y diferenciación progresivas de una fuerza, con dirección y movimiento originales. El vacío o hueco que dejan entre sí las ideas que expresan un tiempo histórico de otro que le sigue, se anula mediante la interpolación de fenómenos irracionales, preferentemente impulsivos. Como es imposible atrapar en su individualidad la causa de estos "saltos" y el pensamiento se rehusa a dejar un vacío en la retaguardia, cu-

bre esta deficiencia con leyes estructurales, series de figuras que traducen gráficamente la secuencia de la historia humana, la transformación de unas fases en otras, ya de una cultura, o bien la interrupción y paso a otra.

En el socavón de las leyes tradicionales de la lógica racional se escucha el rumor de las corrientes que fecundan los plantíos del hombre. Los procesos de inferencia y deducción racionales aparecen como cristalizaciones parciales, crestas visibles de una materia humana en remoción histórica. La dialéctica de la Razón cede el paso a la Física o a la Metafísica del hombre.

¿Lo cederá en verdad? Por un breve intervalo dejemos que marche sola a su destino esta saeta y mientras tanto puntalicemos cuál es la situación de los protagonistas de la acción y pasión de la inteligencia hasta lo que puede alcanzarse de ello, someramente, en nuestros días.

Si se trazase un cuadro completo en el cual destacaran las aspiraciones, promesas y profecías con que el hombre se ha obligado a sí mismo, eso que llama su cultura y que viene dialogando a manera de Ciencia, Arte, Moralidad y Filosofía; y por otra parte hubiese manera de representar la distancia que separa al hombre prometido de los ejemplares contemporáneos, habría lugar para dos actitudes; desear del hombre; o de sus promesas y de la palabra empeñada. ¿No sería, en suma, lo mismo, desconfiar de la palabra que perder toda esperanza de lo humano?

Pero, entremos a lo más singular de la historia intelectual. Todavía a fines del siglo XVIII tenía una significación precisa y rica de contenido vital, la denominación de cultura humana. Bien que se la imaginase a manera de República de las Letras o monarquía de filósofos reyes, de una u otra manera estaba constituida que permitía llevar una vida dentro de otra, la simplemente humana a la par con la de cualquier otro contemporáneo y, además, disfrutar, para quien pusiese su empeño en

ello, una sobrevida de más fino gusto e inteligencia que se enlazaba a una forma de comunidad internacional del saber.

El desarrollo social de la cultura europea, al llegar a este punto, dejaba abrigar a los hombres halagüeñas y nunca soñadas esperanzas en la capacidad de perfección de la naturaleza humana o de su regeneración por el progreso del conocimiento. Pero la iluminación profética de los enciclopedistas franceses, el dichoso abrazo en que vieron fundidas las luces del pensamiento y la historia humana, duró apenas el instante de un vuelo nupcial. Rousseau abrió un portillo por donde penetró la sombra de los orígenes y lentamente rechazó el pensamiento hasta su cuna.

A favor de las corrientes que empujaron el nuevo siglo, el XIX puso a la cultura en actitud de observación, de fingida libertad con respecto a lo que pasaba en el escenario histórico. A cambio de esta libertad del filósofo, del artista o el hombre de ciencia, el resto de la humanidad podía entregarse a la competencia más desenfrenada y sordida por la riqueza o el poder. En el rostro del hombre se cegó la pupila avizora del camino de las necesidades, mientras que la solitaria compañera bizqueaba en persecución de una luz en continuo retroceso sobre el horizonte. A la organización social del saber que agrandaba la distancia entre los esfuerzos personales y la posesión de los bienes de la cultura, respondía una noche de densa inhumanidad que penetró por todos los poros de la cultura.

Como consecuencia de su propio desenvolvimiento, pero en mayor proporción acelerada por fenómenos sociales y políticos, se estableció una cisura entre la vida extrema y radicalmente intelectual, con otra patrimonio de la mayoría, y de ahí resultó una contradictoria situación. En efecto, el hombre que algunos escritores han llamado, con impetuoso desdén, "hombre masa", ha sido el producto de esa desintegración espiritual que por con-

tra partida engendró también la estructuración del saber en ramas profesionales, autónomas. Tal hombre, precisamente, constituye un tipo análogo de aquel profesional, reverso y anverso de una misma medalla.

Los desesperados y angustiosos esfuerzos que empeñan los intelectuales por introducir un poco de sustancia viva, así sea tomada de lo inconsciente, en las enrarecidas atmósferas de la ciencia, el arte o la filosofía, corren parejas con similares tentativas del hombre ordinario que se propone atraer algo de luz espiritual a su propia vida. Entre uno y otro de estos tipos psicológicos se cruzan corrientes de influencia recíproca y a la postre queda en suspenso si ambos han de perecer en la reabsorción que se está cumpliendo al paso de nuestras vidas.

Aquella unidad de la conciencia intelectual europea, que llegó al punto de madurez en el siglo XVIII, se quebrantó a virtud de movimientos originados en el terreno de los hechos históricos. El nacionalismo y la construcción de regímenes económicos en desahogada competencia industrial, provocaron en el terreno del pensamiento una estructuración que sustituyó la comunidad del saber, a una organización técnica del conocimiento apoyada en la división del trabajo, el uso de métodos mecánicos de información y de investigación. Se abre entonces la época de la ciencia alemana, inglesa, francesa, y los investigadores, en unión de los profesores de filosofía y de los científicos, auxiliados en sus tareas "desinteresadas" por los recursos de la Industria de cada país, se entregan a la tarea de dar al espíritu un carácter cada vez más inasible, profesional y hermético.

El profesionalismo de la inteligencia moderna encuentra su paralelo, quizá, en la ciencia de los últimos períodos de la Cultura griega y en la escolástica de las postrimerías medievales. Aún cuando la especialización del ser humano se halla anticipada en las dotes naturales de los individuos, el hecho de la división del trabajo a base de una técnica científica e industrial, ha reobrado

intensamente sobre las condiciones del ejercicio y disfrute del saber. Importan más las disposiciones sociales externas, como la previa existencia de mecanismos de información y experiencia, tales como bibliotecas y laboratorios, los cuales son a su vez antecámaras del trabajo industrial, que la propia aptitud espiritual de donde habría de obtener sus fuerzas y recreos el trabajo intelectual.

La organización económica y social se adelanta a la inclinación espontánea de cada existencia juvenil y le ministra un esquema de actividades en las cuales puede llegar más lejos que nunca antes generación alguna, pero a cambio de renunciar para siempre al juego cabal y armónico de sus facultades.

Ahora bien, si se resta a la imaginación y al entendimiento del hombre su naturaleza superflua para la economía de la vida; si cada vez más y más intensamente se le apura a dar rendimientos útiles, si se le monta en un mecanismo social —a manera de la organización profesional moderna— en donde se sustituye la unidad orgánica a un esquema de movimiento y trabajo, el resultado inevitable vendrá a ser la enervación, la pérdida de todo aliento y capacidad para proseguir su fecundación periódica de la vida humana.

La postración y fatiga de la inteligencia se ha traducido particularmente en el entusiasmo por la exploración de las regiones inferiores y subterráneas, lo mismo de la conciencia humana que de la historia general de la especie. Una esperanza desmedida en los datos y resultados de esta exploración ha hecho concebir el propósito de sustituir con nociones de orden psicológico o de pre-historia humana los principios y leyes objetivos en las cuales reposaba la evidencia del entendimiento. Tal empeño ha traído una considerable suma de noticias y de estimables hallazgos, pero, ¿se justifica con esto la afirmación de haber arribado a una nueva ciencia comprensiva de la naturaleza y de la historia; a un territorio donde habita el ser uno, móvil, y siempre verdadero? Si la

Historia se concibe como supra-metafísica y en ésta, a su vez, quedan resumidas las ciencias particulares, el ser o la existencia se resuelve en el espíritu absoluto concebido por Hegel o bien en la subconciencia colectiva o privada de cada individuo. ¿No sería una previsible consecuencia que el hombre particular que cada quien somos, haya caído en actitud de desamparo y de ilimitada angustia?

Tal situación pone de manifiesto la coincidencia de dos series independientes de hechos: la estructuración mecánica del saber humano análoga de la organización social que, entre ambas, destruyen la unidad de la conciencia, la aptitud universal del ser humano; por otra parte, la aparición del fenómeno intelectual más significativo de las tendencias contemporáneas, o sea, la apelación a una experiencia pre-intelectual a una muda sensación orgánica: angustia, intuición vital u otras semejantes, con su correspondiente serie de tipos psicológicos paralelos: el hombre "masa" y el intelectual "deshumanizado".

Sin embargo, la misma confluencia de las dos series de fenómenos sugiere que está próximo el momento en que ambos queden definitivamente superados. En cada frente de esta contradicción: la palabra y el hombre, hay una promesa, una esperanza para el futuro. El tiempo de hoy tiene lo mejor que abriga toda existencia, la semilla de la generación. No importa que no podamos arrancar el secreto a la historia venidera si preservamos la simiente que la ha de fecundar.

UNIVERSIDAD. No. 4.  
Monterrey, N. L., abril de 1945.

## LA IDEA DE LA GUERRA

A cuenta de la guerra se han producido innumerables teorías para el arreglo pacífico del mundo, que conceden mayor interés a la paz que a la guerra, sin pronunciar casi palabra sobre ésta, como si fuese un hecho evidente cuya significación y alcances estuvieran perfectamente definidos; y de allí resulta una patente contradicción en los extremos de los programas ideados. Proponen la paz en condiciones de una guerra sin término.

En efecto, todos más o menos suponen que una vez dado el hecho de la guerra sólo bastará que el éxito de los ejércitos despeje del campo de la contienda al otro beligerante para que, a base de una situación de dominio político unificada por el triunfo, se escoja entre los programas el más acertado y duradero, o el más conveniente al grupo de intereses predominantes.

De esta suerte la solución de la guerra en la paz no llegará a consumarse nunca, porque los ordenamientos resultantes traducirán, por un tiempo más o menos largo, la fuerza que dicta sus condiciones al enemigo; pero en cualquier momento este, u otro que resulte mal favorecido, se valdrá de igual recurso en cuanto sea capaz de hacerlo. Lo cual quiere decir que esos programas para la paz son las condiciones de rendición para los vencidos, y nadie encontrará en ellos un verdadero camino para romper el círculo que va de la guerra a la guerra, a través de una o varias paces negociadas.

Una considerable porción del error cometido en estas contradictorias proposiciones proviene de aplicar una idea caduca y totalmente superada en los hechos, de la significación y efectos de la actual guerra. Entre ésta y las que se practicaron en los siglos XVIII y XIX, media la diferencia profunda que se mide entre la finalidad política concentrada en el interés dinástico, primero, o luego nacional; y el propósito más o menos inconsciente de constituir una comunidad sobre bases legítimas de la unificación